

Dos encuentros turquescos: Cervantes y Quevedo, identidad y retórica

WILLIAM H. CLAMURRO
Emporia State University

La imagen con que los turcos y el imperio otomano se presentan en las obras de Francisco de Quevedo y Miguel de Cervantes ofrece unos contrastes llamativos y singulares, al tiempo que sugiere un conflicto mental que probablemente compartieron dos autores tan distintos: el de la aproximación a un mundo que, si, por un lado significaba una amenaza, por otro se presentaba como algo misterioso e intrigante. En las breves observaciones que siguen quisiera comentar cómo se materializa esa estampa turquesca en *El amante liberal de Cervantes* y en *La hora de todos*, esa magnífica sátira que Quevedo compuso casi al final de su vida¹. Aunque antes de seguir nuestro camino, conviene subrayar la diferencia implícita de los momentos históricos de los dos textos.

La novela cervantina se ubica con una notable precisión cronológica, que parte de la referencia específica a la conquista de la isla de Chipre por los otomanos, comenzada en 1570 y terminada en 1571². Así, en vísperas de la famosa batalla de Lepanto, el imperio turco se encontraba en un momento de máximo poder y amenaza para las monarquías cristianas del Mediterráneo. Esa conciencia era igualmente compartida por los propios turcos y por sus enemigos. Por su parte, el texto de Quevedo no provee al lector de fecha ni indicio alguno en torno al momento histórico en que se desarrolla. Se intuye, sí, la referencia implícita a la expulsión de los moriscos, ocurrida entre 1609 y 1614; y, al mis-

1. Las citas del texto de Cervantes se refieren a la edición de H. Sieber y se identifican por el número de tomo y de página; para *La hora de todos* se emplea la edición de Bourg, Dupont y Geneste, y las citas se identifican por el número de página.

2. Para el contexto histórico, ver Hopkins (2006). Según Bicheno (2003), la conquista turca empezó en julio de 1570, la caída de Nicosia aconteció en septiembre del mismo año, y la rendición final de Famagusta ocurrió en agosto de 1571, sólo dos meses antes de la batalla de Lepanto.

mo tiempo, el tono ideológico del episodio sugiere una época más o menos próxima a la década de 1630, coincidiendo con la probable fecha de composición de la obra. A pesar de los intentos de conquista europea por parte de los turcos –que culminó con el asedio de Viena (1683), finalmente fracasado–, el poder militar y la condición política y administrativa del imperio ya se encontraba en vía de decadencia y sufría una visible pérdida de dinamismo. Por eso, además de las diferencias de visión y género entre las dos obras, se pueden percibir vislumbres sutiles de dos etapas históricas, correspondientes una a un momento de fuerza e influencia seductora y, otra, a una incipiente decadencia.

La visión de los turcos expresada por Cervantes en *El amante liberal* pertenece a un período relativamente temprano como es la segunda mitad del siglo XVI. En este período, los poderes europeos y los turcos se confrontaban en una etapa de contienda intensa. Fue ésa, tal vez, la época más significativa del conflicto entre la esfera cristiana occidental y el amenazante antagonista oriental y musulmán. Aunque el meollo de la novela parece tratar del malentendido sentimental entre los dos amantes, Ricardo y Leonisa –con el espejismo de un supuesto triángulo amoroso trazado por estos dos y Cornelio– hay otros aspectos que dan una nueva dimensión a la novela³. En primer lugar, hay la ubicación de la trama entre dos islas, la de Sicilia, primero, y la de Chipre, convertida entonces en geografía de un enorme impacto dramático. A ello se unen las acciones de los personajes turcos y los que se identifican como «renegados», que proporcionan a la historia un carácter notablemente distinto respecto a las otras novelas cervantinas⁴.

En ciertas otras obras cervantinas hay implicaciones importantes que muestran una conciencia de las diferencias socio-culturales pertenecientes a los turcos en contraste con sus correligionarios árabes. Se ve indicios de este conocimiento en un pasaje breve del episodio del «Cautivo» (*Don Quijote*, Primera Parte)⁵. Sin embargo, el distinto contexto específico de *El amante liberal* conlleva un peso temático, histórico y autobiográfico de singular importancia. Esta obra refleja, de manera vívida e intensa, la experiencia vital del autor, pues su argumento se ubica con enorme precisión histórica entre los años 1570 y 1571. No hay un caso parecido en ninguna otra de las *Novelas ejemplares*. El ambiente de conflicto, la desorientación del momento histórico y el peligro de la geografía chipriota se manifiestan desde las primeras palabras del texto, pues la narración comienza con la voz de un hombre no identificado, cuyo lamento hace hincapié, con precisión inusitada, más en la –desde la perspectiva cristiana– trágica pérdida, que en la identidad narrativa del personaje hablante:

- ¡Oh lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como carecéis de sentido, le tuviérades ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntas

3. En cuanto a los aspectos de conflicto y cambio psicológico, ver El Saffar (1974: 139-149).

4. Un comentario muy penetrante a la cuestión de las implicaciones ideológicas de la yuxtaposición cristiana y musulmana se encuentra en Maestro (2007: 58-93).

5. Ver *Don Quijote*, I, cap. XLI, y en particular el siguiente: «Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo, a grandes voces, que por las bardas o paredes del jardín habían saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida; porque es común y casi natural el miedo que los moros a los turcos tienen, especialmente a los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que a ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos» (476-477).

nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviara nuestro tormento. (I, 137)

La reciente conquista de la isla por los turcos fue marcada por un acto de singular crueldad, un ultraje a las costumbres reconocidas y más caballerescas⁶, al tiempo que puede considerarse como preludeo y hasta provocación para el siguiente encuentro militar en la batalla de Lepanto. De paso, se debe reconocer que, como han sugerido algunos historiadores, esa batalla naval fue la más grande y traumática en la historia de tales conflictos marítimos y la derrota turca a Lepanto, vista retrospectivamente, significó el comienzo de una paulatina, pero innegable decadencia y pérdida de fuerza eficaz del imperio otomano. Curiosamente, en esta novela Cervantes no hace referencia alguna a lo que sería ese venidero triunfo cristiano, en el cual él mismo iba a participar. Por el contrario, la importancia del mundo turquesco en *El amante liberal* parece ser la de surtir a la narración de un contexto contrastivo y amenazante para los conflictos físicos y sentimentales de los protagonistas, y para intensificar los peligros de cautividad y el posible secuestro o incorporación de la mujer (Leonisa) dentro del poder del gran señor de los turcos.

Aunque los dilemas y malentendidos de Ricardo y, en menor medida, la situación de vulnerabilidad de Leonisa como cautiva parecen ocupar el primer nivel de interés en la novela, Cervantes emplea una presentación de ciertas costumbres y tendencias de los turcos como artificio para dramatizar los sentimientos de confusión y la ambigüedad de identidades, así como una representación de las pasiones que experimentan los antagonistas. Este énfasis peculiar se observa desde el comienzo del texto, ya que pronto después del comienzo y tras el soliloquio de Ricardo, se incorpora otro personaje de gran importancia: el misterioso turco Mahamut. Sólo un poco más tarde se revela que este joven no es turco de nacimiento, sino un «renegado», esto es, un cristiano pasado al enemigo, y además es un antiguo amigo y compatriota del mismo Ricardo. En el diálogo entre estos dos, Mahamut funciona como un portavoz de Cervantes para explicar los procedimientos administrativos del gobierno turco, al menos en el contexto de un cambio de gobernador para una ciudad conquistada. Muy pronto, Mahamut revela a Ricardo su remordimiento por haber renegado de la fe cristiana para convertirse al Islam e incorporarse en el imperio turco («quizá para que yo te sirva ha traído la fortuna este rodeo de haberme hecho vestir deste hábito, que aborrezco» [I, 139]), y, al tiempo, se detiene a explicar, con detalle aparentemente innecesario, el proceso turco de un cambio de régimen:

es costumbre entre los turcos que los que van por virreyes de alguna provincia no entran en la ciudad donde su antecesor habita hasta que él salga della y deje hacer libremente al que viene la residencia; y en tanto que el bajá nuevo la hace,

6. Ver Hopkins (2006: 60-61): «The Ottoman capture of Cyprus ... provided an impetus and a focus for European fury, for upon the fall of the fortress city of Famagusta, the Ottoman forces under Lala Mustapha, acting against the terms of surrender of the city, humiliated the revered Venetian commander, Marcantonio Bragadin, and abrogated the terms of the truce he had just concluded, sacking the city, plundering the houses and businesses there, and taking its inhabitants captive to sell as slaves to faithful Ottoman slave merchants». Según Bicheno (2003: 186), después de la rendición, el último jefe de los venecianos, Marc'Antonio Bragadino «was skinned alive, his hide stuffed with straw and hung from the mast of a galley that paraded it along the coast of Asia Minor back to Istanbul»; pero según Bicheno, el comportamiento insolente y mal aconsejado de Bragadino hasta cierto punto provocó un castigo de tal brutalidad.

el antiguo se está en la campaña esperando lo que resulta de sus cargos, los cuales se le hacen sin que él pueda intervenir a valerse de sobornos ni amistades, si ya primero no lo ha hecho. (I, 140-141)

Más un poco después, en este mismo pasaje donde se sugiere la eficacia y rectitud de los procesos otomanos, Mahamut añade un comentario que matiza la primera sugerencia de buen gobierno. Como explica el joven, «no se dan allí los cargos y oficios por merecimientos, sino por dineros: *todo se vende y todo se compra*. ... Todo va como digo, *todo este imperio es violento*, señal que prometía no ser durable; pero lo que yo creo, y así debe de ser verdad, le tienen sobre sus hombros nuestros pecados, quiero decir, los de aquellos que descaradamente y a rienda suelta ofenden a Dios, como yo hago» (I, 141; las cursivas son mías).

En efecto, Mahamut yuxtapone el elemento racional y prudente de un procedimiento formal con una observación cínica y penetrante de la realidad de la cultura a la que se ha adherido. La paradoja –de una prudencia racional contra un cinismo maquiavélico– es significativa en el contexto de la dinámica global de esta novela: el secuestro de los dos cautivos sicilianos, Leonisa y Ricardo, y su afortunado encuentro con el renegado siciliano Mahamut en la isla de Chipre establece el concepto de que esta isla contenciosa y de reglas ambiguas representa el lugar de máxima crisis y también un crisol donde las transformaciones y las pruebas de sentimientos, lealtades e identidades pueden materializarse, o en su caso, sufrirse.

Como era de esperar en una narración de tipo bizantino, los personajes se salvan y alcanzan no sólo la deseada libertad, sino también –como le ocurre a Ricardo– una condición de conciencia más iluminada y, por decirlo así, liberada y liberal⁷. Pero la afortunada fuga, liberación y feliz regreso a su patria se finaliza con un trance de disfraces tan curioso como hasta peligroso. Al acercarse al puerto de su ciudad en Sicilia, Ricardo decide montar una «graciosa burla», para lo que atavía la nave, los pasajeros y la tripulación con indumentaria y pendones turquescos:

En este entretanto había Ricardo pedido y suplicado a Leonisa que se adornase y vistiese de la misma manera que cuando entró en la tienda de los bajas, porque quería hacer una graciosa burla a sus padres. Hízolo así, y añadiendo galas a galas, perlas a perlas, y belleza a belleza, que suele acrecentarse con el contento, se vistió de modo que de nuevo causó admiración y maravilla. Vistióse asimismo Ricardo a la turquesca, y lo mismo hizo Mahamut y todos los cristianos del remo, que para todos hubo en los vestidos de los turcos muertos (I, 183-184).

Además del efecto de sorpresa que ocasiona este engaño, el hecho conlleva otras implicaciones simbólicas, pues más allá del conflicto de sentimientos, lealtades e identidades, este juego de apariencias nos recuerda que el mundo turquesco representaba para muchos cristianos un ámbito, simultáneamente amenazante y seductor, de atracciones y de posibilidades.

Aunque Cervantes no fuera consciente de la trayectoria histórica más amplia, la circunstancia cronológica que eligió para esta novela coincide con una etapa de mayor poder y competencia por parte del imperio otomano, que significó la cima de sus logros y potenciales. A partir de ahí, comenzaría una paulatina decadencia y pérdida de ener-

7. Ver El Saffar (1974: 149): «The final liberation of Ricardo will be signaled by his discovery that he too has a broader role to play. ... Ricardo discovers, through a nightmare of bizarre adventures, that union with the other is possible only if claims over the other are renounced».

gía, que habría de conducirles a la decadencia. Esta sutil disminución de fuerza política y militar coincidió con el gradual desinterés por las ciencias y tecnologías, en las que anteriormente los turcos habían sido maestros⁸. Y precisamente esa merma de fuerzas y esa apatía respecto a la ciencia, aunque no es el blanco central, sí se eleva como un elemento de importancia en el episodio que vamos a tratar.

Quevedo aprovechó el breve retrato del Gran Turco y del curioso debate que acontece en el cuadro 35, para incluir sus visiones del mundo turquesco –tan reveladoras como parciales y deformadas– en *La hora de todos*. Ya hemos visto que esta sátira se escribió en la década de los años treinta, en el contexto político del gobierno del Conde-Duque de Olivares. Quevedo ubicó su debate en la corte del Gran Señor de los Turcos, un lugar a la vez exótico y siniestro, pero que se convertía en un eficaz elemento retórico y simbólico para lanzar dardos y censuras contra las innovaciones del régimen del Conde-Duque. Pero al mismo tiempo, el momento histórico de este episodio corresponde aproximadamente a las décadas que siguieron a la derrota catastrófica de las fuerzas turcas en la batalla de Lepanto. En este período, a pesar –o como consecuencia– de los esfuerzos de penetrar más lejano en las tierras de la Europa oriental, el dinamismo e ímpetu del imperio otomano ya se encontraban en perceptible proceso de agotamiento.

La estructura de este cuadro comparte las tendencias estilísticas de los otros episodios más extendidos de *La hora de todos* y, en particular, los que ilustran cuestiones políticas e ideológicas. Del mismo modo, como en otros cuadros de esta obra, la posición implícitamente respaldada por Quevedo mismo no se plasma con claridad y transparencia. El espíritu satírico del poeta prefirió presentar a dos personajes antagónicos y hostiles, que arguyen a favor de ideas defendibles desde una perspectiva, pero inevitablemente sospechosas desde otra. Lo cuestionable de sus propuestas radica tanto en las implicaciones de sus respectivas identidades –uno es un morisco recién expulsado de España y su opositor es un renegado– como en la lógica de sus argumentos⁹. De este modo, propuestas que pueden parecer inteligentes, útiles, deseables y defendibles desde una perspectiva española leal y tradicional, al ser planteadas por el morisco vendrán a ser implícitamente descalificadas, por el simple hecho de que su portavoz tiene una condición subversiva y poco fiable para el reino. Por el contrario, el renegado parece ser, así como nos lo presenta Quevedo, una figura de juicios sabios, valores positivos y más heroicos, aun cuando sus argumentos sean simplemente partidistas y reaccionarios.

El sultán, Gran Señor de los Turcos, exige los consejos de estos dos hombres: «hizo seña muda para que oyesen a un Morisco de los expulsos de España las novedades a que procuraba persuadirle» (296-297). En respuesta, el morisco le ofrece cuatro propuestas. Las dos primeras atienden a la cultura, como son las de promover los estudios en universidades y la adopción del derecho romano; y las otras dos resultan más superficiales, pues su consejo atiende a favorecer el uso de la espada de tipo español y el permiso para beber vino. Curiosamente, en la breve propuesta sobre la innovación jurídica el argumento del morisco hace eco a ciertas sugerencias que ya fueron articuladas por Mahamut, el renegado de la novela cervantina. El morisco sugiere «que se admita y practique el derecho y leyes de los Romanos, en cuanto no fueren contra la nuestra, para

8. Ver Goodwin (1998), en particular el capítulo 20.

9. Ver Clamurro (1991: 163-174).

que la policía crezca, las demasías se repriman, las virtudes se premien, se castiguen los vicios, y la justicia se administre por establecimientos que no admiten pasión ni enojo ni cohecho, con método seguro y estilo cierto y universal» (297).

La respuesta o contra-argumento del renegado es, por un lado, una denuncia y rechazo de lo que propone el morisco y también de lo que encarna y representa este expulsado. El renegado le califica de esta manera: «este perro Morisco, que entre Cristianos fue mal Moro y entre Moros quiere ser mal Cristiano» (298). Quevedo dota al renegado de una retórica mucho más aguda y elegante, como ya he comentado en otro lugar¹⁰. Pero tal vez lo más llamativo es la sutileza de la posición expuesta por el renegado en el contexto del debate de las armas y las letras. Su intervención arguye enfáticamente en favor de las armas. Con ejemplos tanto históricos como funcionales, este personaje parece subrayar la importancia de la fuerza militar y la valentía guerrera en general, como claves para el éxito en las batallas y condición indispensable para la expansión de los imperios y la preservación de su existencia como tales. Por otro lado, el lenguaje del renegado, aunque enaltece las armas y menosprecia los estudios, se construye a partir de una serie de juegos verbales basados en oposiciones y paranomasias que, en efecto, insinúan el valor e importancia de la misma cultura que parece condenar. Así, por ejemplo, el renegado insiste que «En dándose una nación a doctos y escritores, el ganso pelado vale más que los mosquetes y lanzas, y la tinta escrita, que la sangre vertida» (300); un poco más adelante, añade que «los estudios fueron armerías contra las armas, las oraciones santificaban delitos y condenaban virtudes, y, reinando la lengua, los triunfos yacían so el poder de las palabras» (301).

La admonición básica es tajante y extremada: «En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes: el estudio, que los advierte, los amotina; vasallos doctos, más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan» (300). Es precisamente esta opinión y juicio lo que va a escoger el Gran Señor de los Turcos cuando al final del debate él declare: «Yo elijo ser llamado bárbaro vencedor, y renuncio que me llamen docto vencido; saber vencer ha de ser el saber nuestro, que *pueblo idiota es seguridad del tirano*» (305; el subrayado es mío). Con una sutileza e ironía muy intrincadas Quevedo ha logrado alabar y afirmar los valores militares y heroicos, en general, así como sugerir que la lealtad y obediencia son virtudes imprescindibles para el mantenimiento de la autoridad política, en este caso, de la monarquía. Pero no hay que pasar por alto que, al mismo tiempo, ha logrado condenar y rechazar el proyecto de una ignorancia impuesta como programa general. Dado que tales opiniones se adscriben a la política y la mentalidad de los turcos, enemigos mortales de los españoles y de todo lo cristiano, las implicaciones subyacentes del cuadro reconocen una supuesta superioridad de la cultura e ideología occidentales.

Empero, a pesar de la intención satírica, crítica y hasta cierto punto cómica, la situación ficticia que ha confeccionado Quevedo tiene cierta validez. Según el estudio de J. Goodwin (1998), el siglo XVII para el imperio otomano representa tanto el auge como el comienzo de un proceso de decadencia y pérdida¹¹. Desde mediados de siglo XVII y

10. Ver Clamurro (1991: 164): «This particular section, in which the text's emphasis on the surfaces and process of language draws attention as much to the problem of interpretation as to the ostensible objects of debate, is a most revealing example of the rhetoric of metonymy that informs much of the of the entire work».

11. Ver Goodwin (1998), especialmente 209-255.

pasando por el siguiente, hasta los años del siglo XIX, las destrezas y habilidades militares y tecnológicas que habían sido el orgullo y causa del dominio turco se perderían casi por completo, hasta el punto de que, como ha señalada el mismo Goodwin, los turcos hubieron de aprender de nuevo con los franceses unas técnicas de artillería que los mismos turcos habían inventado.

En efecto, tanto en Cervantes como en Quevedo se observan ciertas concepciones, o mejor dicho, ciertos empleos retóricos y temáticos, que avalan sus argumentos de ficción o de crítica ideológica. Hay que recordar que de modo alguno se podría argüir que los dos textos comentados arriba representan un análisis equilibrado o informado del imperio otomano durante las dos épocas respectivas. Sin embargo, como he sugerido, Cervantes emplea un concepto del mundo turquesco y, sobre todo, de las fronteras humanas entre las dos identidades, cristiana-europea y musulmana-turca, con la voluntad de ampliar y dramatizar los conflictos y las confusiones de la identidad individual. En contraste evidente, Francisco de Quevedo recurre a otra concepción del mundo otomano para elaborar con sutileza, pero también con un cinismo insoslayable, un argumento de doble fila, en parte contra ciertas políticas y personajes de la España de los años 1630 y también con flechas lanzadas hacia el blanco de la incipiente declinación del imperio otomano.

Bibliografía

- BICHENO, H. (2003): *Crescent and Cross: The Battle of Lepanto 1571*, London: Phoenix.
- CERVANTES, M. de (1977): *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. John Jay Allen. Madrid: Cátedra.
- CERVANTES, M. de (1984): *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber. 2 tomos. Madrid: Cátedra.
- CLAMURRO, W. H. (1991): *Language and Ideology in the Prose of Quevedo*, Newark DE: Juan de la Cuesta.
- EL SAFFAR, R. S. (1974): *Novel to Romance: A Study of Cervantes's Novelas ejemplares*, Baltimore & London: The Johns Hopkins UP.
- GOODWIN, J. (1998): *Lords of the Horizons: A History of the Ottoman Empire*, New York: Henry Holt & Co..
- HEGYI, O. (1992): *Cervantes and the Turks: Historical Reality versus Literary Fiction in La Gran Sultana and El amante liberal*, Newark, DE: Juan de la Cuesta.
- HOPKINS, T.C.F. (2006): *Confrontation at Lepanto: Christendom vs. Islam*, New York: Tom Doherty Associates.
- MAESTRO, J. G. (2007): *Las ascuas del Imperio: Crítica de las Novelas ejemplares de Cervantes desde el Materialismo filosófico*, Vigo: Editorial Academia del Hispánico.
- QUEVEDO, Fco. de (1987): *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, Eds. Jean Bourq, Pierre Depont y Pierre Geneste. Madrid: Cátedra.